



PRIMERA PARTE

De 1538 á 1821

PRESENTE DE CARIÑO

AL SR. D. MANUEL ROMERO RUBIO

CAPITULO PRIMERO

1538. — 1560.

Curioso sería el libro en que se procurase hacer la historia de los espectáculos públicos en México.

Para ello habría de remontarse su autor á los días mismos de la Conquista y escudriñar la obra maravillosa de la propagación de la Fe, realizada por los venerables religiosos que á estas regiones envió la pía Providencia. Esos no bien admirados varones, cuya sabiduría hace creer que sobre sus cabezas se repitió el prodigio realizado con los apóstoles al cumplirse los días de Pentecostés, nada desperdiciaron de cuanto pudiese herir de un modo tangible la imaginación de las multitudes idólatras, y por consiguiente fueron aquí los primeros en usar de las representaciones teatrales. Así procedió el clero cristiano al hacer representar, en el interior de sus catedrales, pasos de la Sagrada Escritura y del Evangelio, para contrarrestar la popularidad y los escándalos de los histriones italianos en los siglos XI y siguientes, época en que también pasaron á España, puesto que Alonso X, el Sabio, hubo de prohibir esas representaciones á los clérigos, como ya lo había hecho, conminándolos con severas penas, el Papa Inocencio III.

6

Naturalmente, los pasos representables no fueron ni podían ser otra cosa que rudimentarias farsas: en el siglo XV y en España, este género literario no pasó de las Eglogas en acción de Juan de la Encina, y de la tragicomedia de Rodrigo de Cota y Fernando de Rojas; en el siguiente, que fué el de la Conquista, al verificarse ésta sólo habíanse señalado como autores Gil Vicente y Torres Naharro, primero de nuestros preceptistas, y aun no aparecía Lope de Rueda, á quien cabe la gloria de haber sentado los cimientos del Teatro Español.

Los citados venerables religiosos, propagadores de la fe cristiana en México, no pueden pretender puesto entre los dramáticos castellanos; pero hicieron más, mucho más de lo que debía esperarse de humanas fuerzas, y ennobleciendo, pudiéramos decir, las farsas ó pasos, sacáronlos al aire libre y dándoles por escenario el suelo feraz y el espléndido cielo americanos, hicieronlos servir para de un modo práctico explicar á las multitudes la doctrina y misterios de nuestra Religión.

Diez y siete años después de la Conquista, hicieronse en Tlaxcala “solemnes fiestas el 20 de Junio de 1538, día de Corpus Christi, “y en ellas se sacó por primera vez en público el escudo de armas “que el Emperador Carlos V concedió á los Tlaxcaltecas cuando á su “pueblo hizo ciudad.” Si en ese día no hubo representación, acaso por falta de tiempo—dice D. Joaquín García Icazbalceta,—bien reparada quedó luego la omisión, porque el lunes siguiente (24 de Junio), día de San Juan Bautista, hubo cuatro, según lo refiere el Padre Motolinía. Esos cuatro *autos* estuvieron escritos en prosa, y los indios que los representaron aprendieronlos de memoria en sólo los dos días sábado y domingo. El asunto del primero “fué la *Anunciación de la Natividad de San Juan Bautista*, hecha á su padre Zacarías, que se tardó en ella una hora, acabando con un gentil motete “en canto de órgano. Y luego adelante, en otro tablado, representaron la *Anunciación de Nuestra Señora*, que fué mucho de ver, y se “tardó tanto como en el primero. Después, en el patio de la Iglesia de “San Juan, á do fué la procesión, luego en allegando, antes de misa, “en otro cadalso, que no eran poco de ver los cadalsos cuan graciosamente estaban ataviados y enrosados, representaron la *Visitación de Nuestra Señora á Santa Isabel*. Después de misa, se representó “la *Natividad de San Juan*, y en lugar de la circuncisión, fué bautismo de un niño de ocho días de nacido, que se llamó Juan; y antes “que dieran al mudo Zacarías las escribanías que pedía por señas, “fue bien de reír lo que le daban, haciendo que no le entendían. Acabóse este *auto* con *Benedictus Dominus Deus Israel*; y los parientes “y vecinos de Zacarías, que se regocijaron con el nacimiento del hijo, llevaron presentes y comidas de muchas maneras, y puesta la mesa asentáronse á comer, que ya era hora.”

Tales fueron las primeras representaciones de autos hechas en Mé-

7

xico, de que se tiene noticia, según lo refiere el Sr. Icazbalceta en la Introducción que puso á su Edición de los Coloquios de González Eslava.

“No fué menos solemne la fiesta que celebraron el día de la Encarnación, continúa diciendo el Sr. Icazbalceta: cerca de la puerta del Hospital de los Cofrades de la Encarnación, aparejaron la escena para representar un auto que fué la *Caída de nuestros primeros padres*.” Estaba tan adornada la morada de Adán y Eva (aquí copia á Motolinía), que bien parecía paraíso de la tierra, con diversos árboles con frutas y flores, de ellas naturales, y de ellas contrahechas de pluma y oro: en los árboles mucha diversidad de aves, desde buho y otras aves de rapiña, hasta pajaritos pequeños, y sobre todo tenían muy muchos papagayos, y era tanto el hablar y el gritar que tenían, que á veces estorbaban la representación: yo conté en un solo árbol catorce papagayos, entre pequeños y grandes. Había también aves contrahechas de oro y pluma, que era cosa muy de mirar. Los conejos y liebres eran tantos, que todo estaba lleno de ellos, y otros muchos animalejos, que yo nunca hasta allí los había visto. Estaban dos ocelotles atados, que eran bravísimos, que ni son bien gato ni bien onza; y una vez descuidóse Eva y fué á dar en el uno de ellos, y él, de buen criado, desvióse: esto era antes del pecado, que si fuera después, tan en hora buena no se hubiese llegado. Había otros animales bien contrahechos, metidos dentro unos muchachos; éstos andaban domésticos y jugaban y burlaban con ellos Adán y Eva. Había cuatro ríos ó fuentes que salían del paraíso, con sus rétulos que decían Phison, Gheon, Tigris, Euphrates; y el árbol de la vida en medio del paraíso, y cerca de él el árbol de la ciencia del bien y del mal, con muchas y muy hermosas frutas contrahechas de oro y pluma.

“Estaban en el redondo del paraíso tres peñoles grandes y una sierra grande; todo esto llevo de cuanto se puede hallar en una sierra muy fuerte y fresca montaña, y todas las particularidades que en Abril y Mayo se pueden hallar, porque en contrahacer una cosa al natural, estos indios tienen gracia singular. Pues aves no faltaban, chicas ni grandes, en especial de los papagayos grandes, que son tan grandes como gallos de España; de éstos había muchos, y dos gallos y una gallina de los monteses, que cierto son las más hermosas aves, que yo he visto en parte ninguna: tendría un gallo de aquellos tanta carne como dos pavos de Castilla.

“Había en estos peñoles animales naturales y contrahechos. En uno de los contrahechos estaba un muchacho vestido como león, y estaba desgarrando y comiendo un venado que tenía muerto; el venado era verdadero, y estaba en un risco que se hacía entre una peñas, y fué cosa muy notada.

“Llegada la procesión, comenzóse luego el *auto*: tardóse en él gran

rato porque antes que Eva comiese ni Adán consintiese, fué y vino Eva, de la serpiente á su marido, y de su marido á la serpiente, tres ó cuatro veces, siempre Adán resistiendo, y como indignado, lanzaba de sí á Eva: ella rogándole y molestándole, decía que bien parecía el poco amor que le tenía, y que más le amaba ella á él que no él á ella; y echándole en su regazo, tanto le importunó que fué con ella al árbol vedado, y Eva en presencia de Adán comió y dióle á él también que comiese. Y en comiendo, luego conocieron el mal que habían hecho, y aunque ellos se escondían cuanto podían no pudieron hacer tanto que Dios no los viese, pues vino con gran majestad, acompañado de muchos ángeles; y después que hubo llamado á Adán, él se excusó con su mujer y ella echó la culpa á la serpiente, maldiciéndolos Dios y dando á cada cual su penitencia, trajeron los ángeles dos vestiduras bien contrahechas, como de pieles de animales, y vistieron á Adán y Eva. Lo que más fué de notar fué el verlos salir desterrados y llorando: llevaban á Adán tres ángeles y á Eva otros tres, é iban cantando, en canto de órgano, Circumdederunt me. Esto fué tan bien representado, que nadie lo vió que no llorase muy recio: quedó un querubín guardando la puerta del paraíso, con espada en la mano.

“Luego allí estaba el mundo, otra tierra cierto bien diferente de la que dejaban, porque estaba llena de cardos y de espinas, y muchas culebras; y también había conejos y liebres. Llegados allí los recién moradores del mundo, los ángeles mostraron á Adán cómo había de labrar y cultivar la tierra, y á Eva diéronle husos para hilar y hacer ropa para su marido é hijos: y consolando á los que quedaban muy desconsolados, se fueron cantando, en canto de órgano, un villancico que decía:

“Para qué comió
la primer casada,
para qué comió
la fruta vedada.
La primer casada
ella y su marido,
á Dios han traído
en pobre posada,
por haber comido
la fruta vedada.”

“Este *auto* fué representado por los indios en su propia lengua, y así muchos de ellos tuvieron lágrimas y mucho sentimiento, en especial cuando Adán fué desterrado y puesto en el mundo.”

Es digno de notar, añade el Sr. Icazbalceta, que se cantaran esos versos castellanos por remate de un *auto* en lengua mexicana, y más cuando ésta se prestaba bien á la forma poética. De todas maneras,

ese villancico de 1538 es la más antigua muestra que conozco de la poesía colonial.

Los mismos indios de Tlaxcala representaron en 1539, en el día del *Corpus*, y en celebridad de las paces de 1538 entre España y Francia, la *Conquista de Jerusalén*. Con igual ocasión los españoles de la Capital habían representado la *Conquista de Rodas*, habiendo referencia á ello en las Actas del Ayuntamiento, que dicen que en 27 de Marzo de 1539 se mandaron librar á Alonso de Avila ciento cuatro pesos y medio de oro que demostró haber gastado en nueve varas de damasco y nueve de tafetán y paño, y una gorra de terciopelo y *naguas* y camisas y otras cosas que se le mandaron comprar para el palio y las fiestas, y en la madera y clavazón que se emplearon en los tablados.

“La primera parte de la fiesta de los indios de Tlaxcala, que se celebró el 5 de Junio, consistió en un simulacro de la Conquista de Jerusalén. Al efecto, aprovecharon unos edificios comenzados á levantar en una llanura inmediata á Tlaxcala, destinados para nueva casa de Cabildo. Hinchieron de tierra la parte ya labrada, que tenía de altura un estado, y sobre ese terraplén levantaron cinco torres, la más alta en el centro y las otras en los ángulos. Enlazaba las torres una cerca almenada, y toda la fábrica estaba muy adornada de flores. Aquella especie de castillo representaba la ciudad de Jerusalén. Enfrente, á la parte oriental, se hallaba aposentado el Emperador Carlos V; á la derecha de Jerusalén quedaba el ejército español; al otro lado el de las tropas de Nueva España. En medio de la plaza estaba Santa Fe, memoria de la conquista de Granada, y allí había de situarse el Emperador con su ejército. Todos estos lugares estaban cercados á imitación de fortalezas.

“Llegada la hora de comenzar el espectáculo y sentados en el tablado del Santísimo Sacramento los que componían la procesión, comenzó á entrar en la plaza el ejército de España con sus trompetas, atabales, tambores y pífanos, y sus banderas de las diferentes provincias, marchando de cinco en cinco: en la retaguardia iban los alemanes é italianos: un señor, indio principal, representando á D. Antonio Pimentel, Conde de Benavente, era el general de este ejército. Entró en seguida el de Nueva España, repartido en diez capitánías, y los que las formaban iban vestidos con ricos trajes, á la vanguardia Tlaxcala y México, y después los huastecos, zempoaltecos, mixtecos, colhuas y los del Perú, Santo Domingo y Cuba, tarascos y cuautemaltecos, mandado todo por otro indio principal representando á D. Antonio de Mendoza, virrey á la sazón de la Nueva España.

“Los ejércitos infieles estaban mandados por otros indios que representaban á Don Hernando Cortés que hacía oficio de *Soldán* y á Pedro de Alvarado, capitán general. No se alcanza la razón, dice el Sr. Icazbalceta, cuyas son estas noticias, que los religiosos, autores ú or-

denadores de la fiesta, tuvieron para agraviar á los conquistadores poniéndolos por jefes en el bando de los moros.”

En el principio del simulacro, los moros, después de pelear un rato, se retrajeron á la ciudad, pero habiendo recibido un gran refuerzo, hicieron una nueva salida y vencieron uno tras otro al ejército español y al de Nueva España. Los capitanes Benavente y Mendoza lo participaron al Emperador, por medio de cartas que el cronista Motolinía copia textualmente, así como las respuestas del Soberano. Este, con los reyes de Francia y de Hungría, todos con sus coronas en la cabeza, acudió en socorro de los suyos entrando en Santa Fe, y saliendo de ella á acometer á los moros, que una vez más quedaron vencedores. En tal aprieto, el Emperador escribió al Papa, quien después de consultarlo con los cardenales, contestó que ya mandaba hacer plegarias en toda la cristiandad. Dos veces más fueron los españoles rechazados, y entonces el Emperador y los demás reyes y jefes, con el Papa y los cardenales, fueron á arrodillarse ante el Santísimo Sacramento, apareciéndoseles un ángel que les recomendó no desmayasen, pues en su auxilio venía el Apóstol Santiago, que en efecto entró montando un caballo “blanco como la nieve,” y se puso á su frente; pero esa vez también los moros quedaron vencedores.

Como la ayuda del Apóstol Santiago no había sido de provecho, fué preciso ocurrir de nuevo á la oración. De nuevo se presentó el ángel diciéndoles que Dios había permitido que fueran humillados para probar su constancia, pero que en su auxilio enviaba á San Hipólito, patrón de Nueva España. Llegó éste montando un caballo morcillo y juntándose con Santiago emprendieron un furioso ataque, arrojándose los combatientes “unas pelotas grandes hechas de espadañas, y alcancías de barro secas al sol y llenas de almagre mojado, que al que acertaban parecía que quedaba mal herido y lleno de sangre, y lo mismo hacían con unas *tunas* coloradas: las flechas tenían unas bolsitas llenas de almagre,” para producir igual apariencia: á espaldas de Jerusalén, entre dos torres, estaba hecha una casa de paja á la cual se puso fuego “para imitar el incendio.” En el mayor hervor de la batalla, apareció en la torre del homenaje ó del centro de la fortaleza el arcángel San Miguel, que entre el espanto de todos dijo á los moros: “Si Dios mirase á vuestras maldades y pecados “y no á su gran misericordia, ya os habría puesto en el profundo del “infierno, y la tierra se hubiera abierto y tragádoos vivos; pero por “que habéis tenido reverencia á los Lugares Santos, quiere usar con “vosotros su misericordia y esperaros á penitencia, si de todo corazón á El os convertís; por lo tanto, conoced al Señor de la Majestad, Criador de todas las cosas, y creed en su preciosísimo Hijo Jesucristo, y aplacadle con lágrimas y verdadera penitencia.” Y esto dicho, desapareció.

Los moros conocieron su error, hicieron señal de paz, enviaron su parlamentario, acudió el Emperador que tomó al *Soldán* de la mano, lo llevó delante del Papa y los cardenales, y postrándose todos ante el Santísimo Sacramento, dieron gracias á Dios por tanta merced.

Lo más singular de este simulacro fué su remate. Traía consigo el *Soldán* muchos al parecer moros; pero que no eran sino indios adultos, prevenidos al intento, los cuales pidieron el bautismo al Papa, y fueron luego allí mismo real y verdaderamente bautizados.

Siguió después su curso la procesión, y en tres lugares distintos se representaron tres autos: fué uno la *Tentación del Señor*: primero, congregáronse los demonios para dar la comisión á Lucifer, quien se disfrazó de ermitaño; pero no pudo encubrir los cuernos y las uñas y éstas le salían de cada dedo de los pies y de las manos, tan largas, como medio palmo: hechas la primera, segunda y tercera tentación, en que le ofreció al Señor las riquezas de Nueva España, Castilla, Jerusalén, Roma, Africa, Europa y Asia, Jesús le respondió: *Vade, Sáthana*, y el demonio se hundió en el peñón, que era hueco, entre espantoso ruido que hicieron los demonios: vinieron luego los ángeles con comida para el Señor y le pusieron la mesa entre cánticos de alabanza. El segundo auto representado ese día, fué el de la *Predicación de San Francisco*, quien comenzó hablando á las aves y encargándoles que en las mañanas y en las tardes loasen y cantasen á Dios: y en esto se presentó una espantable fiera que destruía los ganados, y el Santo la hizo prometer que nunca haría más daño en aquella tierra. Después comenzó su sermón diciendo que mirasen cómo aquel bravo animal obedecía la palabra de Dios, y que ellos que estaban dotados de razón, estaban obligados á guardar los Santos Mandamientos. Le interrumpió un personaje representando un indio borracho, á quien reprendió y mandó callar, sin conseguir que le obedeciese, por lo cual llamó á unos demonios que cargaron con el beodo. Luego interrumpieron el sermón unas hechiceras “muy bien contrahechas,” y como tampoco hicieron caso al Santo, otros demonios cargaron á su turno con ellas; y así fueron representados y reprendidos varios vicios, terminando todo con prender fuego al infierno, “que tenía una puerta falsa por donde salieron los que estaban dentro, y ardió tan espantosamente, que pareció que nadie se había escapado, lo cual ponía mucha grima y espanto en los circunstantes, aun á los que sabían que nadie se quemaba.” El tercer auto fué el del *Sacrificio de Abraham*, para inculcar á los presentes la obediencia á los mandatos de Dios. “Y con esto, concluye el cronista, volvió la procesión á la iglesia.”

“Es muy probable, dice el Sr. Icazbalceta, que todas estas fiestas de Tlaxcala fueran dispuestas por el P. Fray Toribio de Motolinía, guardián de aquel convento, y señaladamente parece haber sido suya la del simulacro de la Conquista de Jerusalén. Si los demás escri-

tores hubieran puesto igual cuidado en transmitirnos la relación circunstanciada de las fiestas de otras partes, tendríamos hoy gran copia de datos para escribir la historia de las representaciones sacras en México. Mas no fué así, pues por lo común se contentaron con la mención general de ellas.

“También en la capital de México hacían los indios sus representaciones de autos sagrados. Fué muy célebre la del *Auto del Juicio Final*, compuesto en lengua mexicana por el gran misionero Fray Andrés de Olmos, y representado en la capilla de San José de Naturales, á presencia del Virrey D. Antonio de Mendoza, del Obispo D. Fray Juan de Zumárraga, y de un gran concurso de gente, así de la ciudad como de la comarca.” Causó gran edificación á todos, indios y españoles, “para darse á la virtud y dejar el mal vivir, y á muchas mujeres erradas, para, movidas de temor y compungidas, convertirse á Dios.” Ese *auto* debió representarse entre 1535 y 1548. De esto habló Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana*.

En la escrita por Dávila Padilla se refiere que en el *Corpus* de 1575, en Etna, de Oaxaca, Fray Alonso de la Anunciación dispuso se les representase un *auto* á los indios para instruirlos en la fe, y levantó, ó más bien improvisó, un estrado cubierto para abrigo del Santísimo y de las personas principales que debían presenciar la representación. Con la gente que en él cargó, venciósse el estrado, envolviendo en su ruina al Santísimo, á los concurrentes y al mismo Fray Alonso, que allí perdió la vida, con otros muchos vecinos.

De la antigüedad de las representaciones sacramentales en México, puede presumirse, por el hecho de que D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo, prohibió las *representaciones poco honestas* que se hacían en la procesión del *Corpus*; volvieron á consentirse después de su muerte, acaecida en 1548, aunque según un antiguo cronista, poco tardó en revocarse el permiso, porque estando en la fiesta del *Corpus* todo dispuesto para dar la función y *aparejados los representantes*, llovió tanto, que no fué posible sacar la procesión, y esto lo tomó el Cabildo en Sede vacante, como un aviso del cielo, de que debía mantenerse la prohibición del venerable Obispo. Este no quiso sin duda condenar sino sólo lo profano y deshonesto, pues según otro escritor, hubo un religioso, de apellido Las Casas, que compuso una *farsa* intitulada *El Juicio Final*, que dedicó al Sr. Zumárraga, é imprimió en 1546. Consta también que el Presbítero D. Juan Pérez Ramírez, cada año recibía *cuarenta pesos de minas* por hacer la lista de las representaciones sagradas, y en 1547 compuso un *auto* que llamó *Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana*. El tercer concilio mexicano, celebrado en 1585, renovó la prohibición de *representaciones* profanas en las Iglesias; pero consintió, previa licencia del Obispo, las de historias sagradas y cosas santas y útiles al al-

ma, según se había hecho hasta allí, puesto que en 1578 y en el Colegio de los Jesuitas, se representó por los alumnos una *Tragedia* en cinco actos, que existe impresa, intitulada *Triunfo de los Santos, en que se representa la persecución de Diocleciano y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino*. Figuran en esa obra San Silvestre Papa, Constantino, Daciano, Cromacio, San Pedro, San Doroteo, San Juan, San Gorgonio, Albino, Olimpio, un Nuncio y un Secretario, la Iglesia, la Fe, la Esperanza, la Caridad, la Gentilidad, la Idolatría y la Crueldad.

En las meritísimas obras del Sr. Icazbalceta, ilustre sabio, puede verse mucho, que aquí no cabe, sobre estos asuntos: allí se examina el cómo y por quién se representaban los autos sacramentales, presumiéndose que su primer asilo fueron los templos y sus actores personas eclesiásticas. Así lo indica González Eslava, haciendo, en uno de sus coloquios, decir á la *Presunción* “que iba á la iglesia á ver á los monacillos que recitaban el *Esgrima*, título de ese coloquio. Después salieron las representaciones á las calles, según se ve en varios pasajes del *Diario* de Guijo, en que se lee: “en 1658, á 8 de Junio, pusieron la custodia en el lugar acostumbrado para la comedia, y oyóla el Virrey, Audiencia y Tribunales, y algunos Prebendados.” “En 1653, octava del *Corpus*, estuvo el tablado donde se representó la comedia, al lado izquierdo de las andas donde estaba el Santísimo Sacramento.” “En 3 de Agosto del mismo año prosiguió la procesión hasta la puerta de la Catedral, y en ella explicó la fábula. . . un representante llamado Medina.” “En 1660 no se puso el tablado en el cementerio de la Catedral, sino en los Portales de la Audiencia de abajo.”

CAPITULO II

1560.—1700.

Ignórase también cuáles fueron las piezas que entonces solían representarse y los nombres de sus autores. Sin duda se echaba mano de las escritas en España; pero no faltaron en México quienes pudieran forjarlas apropiadas al carácter y costumbres del nuevo pueblo: los autores debieron abundar, pues en uno de los coloquios de Eslava dice *Doña Murmuración á Remoquete* “poco ganarás á poeta, que hay más que estiércol: busca otro oficio.”

El más antiguo y famoso autor de quien se han conservado obras de esta especie escritas en México, fué el Presbítero Fernán González de Eslava, de quien el Sr. Icazbalceta supone que puede haber sido